

"Pedro o el poder de la vocación".

Son las 11 de la noche y Pedro sigue en la farmacia. Hace dos horas que cerró. Ha sido la llamada de auxilio de una vecina con gastroenteritis aguda la que le ha sacado de su casa y casi de la cama. Ahora, resuelto el problema, repite de forma mecánica lo ya ejecutado. Vuelve a cerrar ordenadores, guarda el dinero, vuelve a dar un pedido.... Ya son casi cuarenta años en este pequeño pueblo en medio de ninguna parte. ¡Toda una vida! Era un chaval, cuando con ilusión y mucho esfuerzo, compró la farmacia. Había entonces tres bares, una panadería, un supermercado, un bazar y un consultorio médico. Pedro supo ganarse a sus paisanos que le miraban con recelo. "Demasiado joven", "No es del pueblo", "Qué va a saber este...". Grandes dosis de paciencia, consejos certeros, una generosidad sin límites y tantos años con ellos, hicieron caer los prejuicios del principio. Conforme Pedro maduraba, formaba una familia, ganaba experiencia y consolidaba su prestigio, el pueblo iba, de manera inexorable, languideciendo. La escuela tuvo que cerrar. Los pocos niños que quedaban fueron reubicados en escuelas de pueblos más grandes. Lentamente cerró el bazar, el supermercado, los bares y el panadero se jubiló sin que nadie cogiera el testigo. El consultorio médico quedó relegado a citas cada veinte días con médicos de lo más variopinto. Pedro observaba desolado como su botica se sostenía a duras penas. Ya ni vacaciones tenía. No encontraba farmacéutico que pudiera sustituirlo por unos días. Tras muchas deliberaciones, Pedro y su mujer decidieron que ella y los niños se trasladaran a la ciudad, evitando así transitar por carreteras heladas para llegar al colegio. Desde entonces los viernes eran una fiesta. Abrazar a los suyos después de tantos días de soledad, era un regalo. En el pueblo, Pedro se convirtió en pieza imprescindible. Lo mismo curaba una herida, recomponía un brazo, escuchaba lamentos y penas, diagnosticaba unas anginas o te regaba el huerto. Con una población tan envejecida y con tan pocas prestaciones, tuvo que asumir funciones que no eran suyas. Se convirtió, sin pretenderlo, en el puntal del pueblo. ¿Cómo decirles ahora que se jubila, que la cruz verde que ha estado encendida durante más de 40 años se apaga, que ningún colega quiere continuar su labor? El negocio no es rentable. Por los mismos motivos, otros colegas, echaron el cierre antes que él. Pedro ha sobrevivido por su sentido del deber y un espíritu de servicio a toda prueba. Hace años que su mujer le dice que lo deje, que sus hijos han volado y es tiempo de estar juntos. Aunque lo ha arreglado todo para que la farmacia de otro pueblo se haga cargo de la medicación de sus vecinos, el dejar el pueblo, le produce una sensación de congoja,

de desamparo... Pedro sabe que cuando su cruz verde se apague, desaparecerá el último bastión contra la despoblación, el último símbolo de resistencia de un pueblo que, como tantos otros, no quiere morir. Sube a casa apesadumbrado, recordando las veces que propuso al gobierno regional soluciones para que este tipo de farmacia pudiera sobrevivir, recibiendo como respuesta una palmadita y un “no hay presupuesto”. Cansado, pero manteniendo su optimismo, apaga la luz diciendo: “Después de todo, mañana será otro día...” recordando la última frase de “Lo que el viento se llevó”, su película favorita...